

NIDO DE URRACA

NIDO DE URRACA

La estancia es solitaria; venid y no hagais ruido;
rezando su plegaria, la abuela se ha dormido
y con las manos juntas, parece aún implorar.
Orna el cabello blanco sus pálidas mejillas;
su aliento es leve y franco; seguidme de puntillas
y no me hagais preguntas, que puede despertar.

La espalda macilenta, sobre el sillón de cuero,
respira y rima lenta con el compás austero
de la pausada péndola de isócrono vaivén.
En el respaldo mudo del mueble viejo y noble,
sobre tallado escudo, dos águilas de roble,
sus alas ofreciéndola, la sirven de sostén.

Callad y en las alfombras no hagais rumor alguno;
como discretas sombras, pasemos uno a uno;
alza los cortinajes sin que nos pueda oír.
Sobre la falda lleva sin acabar sus blondas;
que ni aun el viento mueva con sus ligeras ondas;
los nítidos encajes que no ha de concluir.

Mirad: allá en lo obscuro la luz es casi agónica;
sobre el tablero duro de traza salomónica,
tesoro de leyendas, abierto está el arcón.
Su herraje con extrañas huellas la edad corroe;
trascienden sus entrañas a sándalo y alóe
y a místicas ofrendas de consagrada unción.

Es todo bien oliente y, al par, adusto y sério;
se baña en un ambiente de paz y de misterio,
de calma silenciosa, de noble majestad.
¿Qué tiene allí la anciana? ¿Qué guarda allí la abuela?
¿Qué busca cuando, afana, registra y se desvela,
palpando temblorosa con tácil ansiedad?

Hay que acercarse al mueble y escudriñar su fondo,
alzar la tapa endeble que oculta lo más hondo.
¿Os atreveis? ¿De veras? Pues ¡a una, a dos, a tres!...
¡Silencio que despierta! Más no: sigue dormida,
de vaga luz cubierta su frente dolorida
soñando con quimeras que nos dirá después.

Valor: nadie nos mira... ¿Qué es esta cosa blanda?
De encajes una tira y un cobertor de Holanda;
a el lado de la izquierda dos velos y un dedal.
Dejad los envoltorios. Aquí hay un acerico
bordado en abalorios; ¡qué olor tiene tan rico!
No sé por qué recuerda la celda conventual.

Aquí hay unos retales y un marco de topacios
con dobles iniciales y unos cabellos lácios;
aquí el devocionario ¡qué usada está la piel!
En paño de escarlata mirad un Crucifijo;
es de ébano y de plata; y allá en un escondrijo,
guardado está el rosario; ¡cuánto rezó con él!

Una cajita rosa y azul ¿qué tendrá dentro?
¡Qué cosa más preciosa! ¡qué delicioso encuentro!
Un aderezo de oro... ¡Dios santo, qué fulgor!
Todo él solo contiene diamantes y amatistas
¡Qué hermosas luces tiene! ¡Qué brillo en sus aristas!
¡Parece del tesoro de Hasam o de Almanzor!

Allá en sus mocedades, la abuela lo pondría
con mil preciosidades de raso y pedrería
sobre su cuerpo grácil cual tallo de rosal
y, con su andar de antiflope y su aire de sultana,
sobre el tapiz de egilope cruzando soberana,
tendría imperio fácil en una corte real.

De aquello ya no hay nada. ¿Será todo mentira?
Miradla que encorvada; mirad como suspira
y el amarillo paño que pasa por su tez.
Aquel azul encanto con nieblas se ha deshecho,
el tiempo corre tanto y el mundo es tan estrecho
que en él no hay más que engaño, miseria y pequeñez.

Papeles... un legajo y una incolora cinta
atándole hay debajo. ¡Qué parda está la tinta!
En el papel los bordes royendo el tiempo va.
Son cartas que en lejanos solaces se escribieron
por ignoradas manos, que en el papel vertieron
de amor y dicha acordes, que son enigmas ya.

Vayamos de ella lejos sin profanar su encanto.
En los papeles viejos hay algo sacrosanto,
grandezas siempre ignotas cerradas a la luz,
magnificencias huecas, glorias que son angustias,
como las hojas secas, como las flores místicas,
como las aras rotas, como el altar sin cruz.

Pero es hermoso a veces saber su fin postrero.
La cinta en sus dobleces conserva aun un letrado
escrito sobre el raso, que dice: «Cartas de él».
¿Quién a acertar penetra si es de pesar un grito?
¿De quién será esa letra? ¿Será del abuelito?
¿Quién sabe? Por si acaso, besemos el papel.

Y ahora, dejadlo todo; no alceis rumor alguno;
del más discreto modo, salgamos uno a uno.
La abuela duerme y sueña. ¡Qué hermoso es el soñar!
Orna el cabello blanco sus pálidas mejillas;
su aliento es leve y franco; salgamos de puntillas;
no hagais la menor seña, que puede despertar.

Mañana, solitaria, si el mal no la desvela,
rezando su plegaria, se dormirá la abuela,
soñando que es divina, que es joven y es hurf.
La estancia está desierta; nada se vé en la sombra.
Salid por esta puerta; pisad quedo en la alfombra;
bajad esa cortina con cuidadito... ¡Así!



LA ESCUELA FRÍA

LA ESCUELA FRÍA

Es Lilla del Monte pueblo de cabreros
que tiene una fuente de aguas minerales
y a donde, en invierno, desde los oteros
bajan las raposas hasta los corrales.

Forman diez familias todo el vecindario,
y entre las malezas, viejo y solitario,
duerme el caserío
rezándole a un Cristo de ceño sombrío,
rogándole en vano piedad que no llega,
labrando sin fruto la mísera vega,
temblando de abulia, de pena y de frío.

Del último pino, cayó el recio fuste;
toda aparcería quedó sin ajuste;
los montes cercanos trocáronse en cotos,
y la guardería, cerrando los sotos
para evitar daños,
sin pasto ni holgura dejó a los rebaños.

Deshizo el pedrisco
desmedradas mieses de la ruin cosecha,
y la grey cabría, doliente y maltrecha,
apenas si puede salir del aprisco.

Pero cuando negro cierra el horizonte
y nada se alcanza que consuelo envíe,
algo hay bullicioso y algo que sonríe
dentro de las nieblas de Lilla del Monte.

La escuela: muy pulcra, cerca de un sendero
que huele a romero,
a espliego, a tomillo y a flores silvestres,
alza en las campestres
lomas sus paredes blancas como armiño,
sus huecos pintados con arte y cariño,
su cerca de piedras y zarzas espesas,
que marcan de un huerto los amplios confines,
en que hay en verano cardos y jazmines,
y hay en primavera coles y frambuesas.

Escuela, vivienda, refugio y santuario,
fué don voluntario
de un indiano rico, que murió de pena
viendo el imposible de la dicha ajena,
y que presenciando piadoso y clemente

la horrible miseria, llorosa y paciente
de los campesinos sin luz ni esperanza,
quiso prodigarles libros y enseñanza
para que supieran que Dios lo consiente.

La escuela es humilde, pero tiene espacio;
casi es un palacio
para los chiquillos que allí se congregan,
escriben y juegan;
tiene una salita para el refrigerio,
pupitres y lienzos con esmero escritos;
tiene un mapamundi que vale un imperio,
pero, sobre todo, tiene a don Santitos.

Goza don Santitos gracia a su albedrío
y así a los chiquillos trae embelesados;
les da como premio piñones mondados
y les hace mapas con juncos del río.

Los niños absortos sus frases esperan,
y hablando de hazañas que producen susto,
les cuenta las glorias de Ciro y de Augusto,
y les dice luego:—«¡Qué bárbaros eran!»

La moral enseña, de la vida templo,
dándoles ejemplo;
pide a la conducta sus más nobles trazos,
pero a la alegría no se muestra esquivo;

dice al más pequeño que hay que ser activo,
y cuando se duerme le arrulla en sus brazos.

Y mientras les habla de todas las cosas,
juega con los niños con calma bendita,
traduce a Virgilio y hace de mulita;
cuenta decimales y deshoja rosas.

Solo en este mundo cual gérmen perdido
hizo de la escuela su hogar y su nido
y puso en los niños cariño tan fuerte
que le daba enojos a la misma muerte;
tanto, que una tarde que contó afligido
las penas que horrendas las ánimas pasan
y como se abrasan
en el fuego ustorio
a que su pecado mortal les arroja,
porque una pequeña lloró de congoja,
suprimió de golpe todo el purgatorio.

Y es porque creía
que el buen Dios, que todos los males consuela,
si viera el apuro de la pequeñuela,
sin más expediente lo suprimiría.

Si os burlais, confieso
que no sé contaros cosas tan sencillas;

quitar a los hombres penas y mancillas...
no le deis más vueltas, que la Ciencia es eso.

¿Quién le hubiera dicho que, en plazo cercano
iba a perder junto todo el paraíso?
Pero Dios lo quiso,
porque, en los misterios del destino humano,
se van los Edenes que nos satisfacen
y son paraísos porque se deshacen.
Fué crudo el invierno;
a casas y haciendas llegó el desgobierno;
perdióse la siembra de los pegujales,
vendióse del monte la última parcela
y un mal que no pudo curar la cautela
dobló las cervices de los recentales.
Y un día, la aldea juntada en comicio,
decidió, siguiendo de un rábula el juicio,
al llegar de Octubre los idus primeros,
emigrar en masa de la tierra impía,
llevando en la marcha, fatal y sombría,
ajuar y herramientas, ganados y aperos.

Absorto el maestro supo el desatino;
la viril protesta subió a su garganta
y por vez primera, de cólera santa
tembló su cabeza, blanca como el lino.

¿Quién llevó a sus mentes concepción tan burda?
 ¿Quién pudo inspirarles acción tan absurda?
 La patria es primero que el oro y la vida;
 ¡Ay del que la deja cuando está oprimida!
 No iría con ellos dejando su hijuela
 y, cuando se fueran por el horizonte,
 él se quedaría dentro de la escuela,
 el honor guardando de Lilla del Monte.

Y, airado y convulso,
 de ideas austeras en un noble impulso,
 sacó la bandera santa que cubría
 sus amados libros de Pedagogía.
 Pero ellos, rendidos de la lucha fiera,
 querían salvarse ya de cualquier modo.
 Es para los buenos santa una bandera,
 pero es necesario que lo cubra todo.

Llegó el triste día de horror y de luto.
 Con grave silencio y orden absoluto
 se hicieron envases, hatos y mochilas
 y, en cerradas filas,
 al campo salieron los tristes villanos;
 juntando sus manos,
 el éxodo amargo con pena lloraban
 lo mismo que el pueblo de los Macabeos,

mientras que los niños, que todo ignoraban,
 el aire alegraban con sus palmoteos.

¡Los niños!... Al verlos, pálido de angustia,
 su cabeza mustia
 bajó el pedagogo; su vida eran ellos;
 se alisó aturdido los blancos cabellos;
 luego fué a los niños rubios y rosados
 les dió con sus besos la mitad del alma
 y, como en los días de plácida calma,
 les fué repartiendo piñones mondados.

Inmóvil, sintiendo sopor inconsciente,
 nublada la vista, turbada la frente,
 vió que se marchaban; oyó sus gemidos,
 miró sus saludos, percibió los ruidos
 de hombres y animales en confusa tropa
 y, apurando lenta del dolor la copa,
 les vió cabizbajos seguir la vertiente.
 Ya la caravana lejos del sendero
 fué tan pequeñita como un hormiguero;
 luego solo un punto... Todo se acababa;
 una brisa fría su sien azotaba;
 quedó todo en calma grave y soñadora.
 Moría la tarde, tendida en la hora
 de las oraciones, que nadie tocaba.

Volvió hacia la escuela con marcha insegura;
 cerró pensativo tras de sí la puerta.
 ¡Cómo sintió el miedo de la estancia obscura!
 ¡Qué triste era el aula, que sola y que yerta!
 Vió de los pupitres la armazón extraña;
 quiso de las sombras penetrar la entraña;
 pretendió los muros registrar en vano;
 de sus energías vió el gasto infecundo
 y, sobre la esfera poniendo su mano,
 dijo con desprecio:—«¡Qué chico es el mundo!»
 y luego, rendido por esfuerzo tanto,
 por su tez curtida deslizóse ardiente
 una gota amarga de sincero llanto
 que se fué extendiendo por el continente.

Desde aquella fecha, todas las mañanas,
 como si cumpliera venerandos ritos,
 abriendo a la aurora puertas y ventanas,
 puntual a sus clases era D. Santitos.
 Soñando piadoso con la patulea,
 a la que esperaba junto a los dinteles,
 preparaba el fuego de la chimenea
 y la renovaba plumas y papeles.
 Estaba seguro de que, cerca o lejos,
 sus amados niños no le olvidarían;
 tal vez recordaban sus sanos consejos;

eran cariñosos: ellos volverían.
 Y así se pasaban días y semanas
 recordando tiempos que fueron felices
 pidiendo en las pobres aldeas cercanas,
 comiendo tan solo frutas y raíces.
 Y, si algunas veces se escuchaba el ruido
 con que los pinzones en las ramas juegan,
 prestando el anciano sutil el oído,
 decía con ansia:—«¡Son ellos que llegan!»

Un tétrico día de frío y de nieve
 en que toda senda perdió su relieve
 y en que, condenado por penuria al robo,
 hasta las cabañas bajó hambriento el lobo,
 D. Santos, herido por mano invisible,
 vió, en indescriptible
 torbellino raudo, girar de los muros
 los vagos contornos; sintió un dolor fuerte
 y vió que, escuchando sus altos conjuros,
 fría y bienhechora, llegaba la muerte.
 Sintió en sus entrañas hondo regocijo;
 dirigió a los niños su frase postrera;
 fué buscando a tientas; besó un Crucifijo
 y cayó por siempre junto a la bandera.

